

DON FRANCISCO MORA BERENGUER VISTO POR UN SAGUNTINO

Entre las múltiples funciones que caben al Cronista oficial de una población está la de no dejar pasar por alto ningún acontecimiento, por insignificante que parezca, que de un modo u otro repercute en el ser o en el devenir del pueblo en cuestión. Y si el acontecimiento es de tal magnitud que sirve para añadir un eslabón más a la serie de hechos importantes acaecidos con anterioridad, el imperativo es acuciante y se convierte en obligatorio para aquel a cuyo cargo está el recoger las noticias más destacadas y legarlas a la posteridad debidamente valoradas. Esto último es lo que ha ocurrido al autor de estas líneas, en calidad de Cronista de Sagunto, con la pérdida dolorosa de don Francisco Mora Berenguer.

No hace mucho me ocupé en el Boletín municipal de información y cultura *Sagunto*, de dejar la correspondiente constancia ante mis paisanos del hecho de haber fallecido un saguntino, un ilustre saguntino como era don Francisco Mora. En mi artículo necrológico sobre el ilustre arquitecto procuré cumplir mi palabra dada al propio interesado de ser yo mismo quien le incorporase "oficialmente" a la serie ininterrumpida de hechos y nombres de que está jalonada la historia de la inmortal ciudad. Pero es que el saguntinismo de don Paco Mora —era éste un apelativo familiar que le satisfacía en extremo— no se trataba de un caso corriente, sino de algo que para él estaba por encima de sus títulos, de sus méritos y de su misma profesión, a la que siempre rindió su más encendido tributo. Su satisfacción y orgullo por haber nacido en Sagunto eran tales que creo que sobre él pesaban todos y cada uno de los hitos gloriosos con que la heroica ciudad ha pasado al libro grande de la Historia.

Cuantas veces tuve la satisfacción de acompañarle por las calles pinas y estrechas de la falda del *castillo*, o por las plazas encaladas y llenas de sol, o por las amplias vías de la parte llana de la ciudad, contemplando las muestras artístico-arqueológicas del pasado saguntino, pude apreciar que su temperamento de artista y su amor filial a la tierra que le viera nacer formaban una curiosa amalgama que producía, si cabe, hasta un rejuvenecimiento en su vida física y, sobre todo, en la espiritual, pues sus primeras impresiones infantiles le acompañaron durante toda su vida y sentía a Sagunto en lo más hondo de su ser. Buena prueba de ello era que en sus conversaciones, viajes y en cuantas ocasiones podía, se ufana de enorgañarse abiertamente el lugar de su nacimiento.

Porque don Francisco Mora Berenguer nació en Sagunto el día 7 de septiembre de 1875, en la casa núm. 61 de la calle Real, mansión conocida en la población por "la casa dels plátanos" —llamada así porque en los jardincillos de entrada a la misma existían y existen todavía unos bananos que sirven de característico adorno vegetal al edificio—, cuando apenas hacía siete años que la villa de *Mor-*

vedre había recuperado el nombre glorioso con que es conocida en la historia universal y acababa de ser elevada al rango de *ciudad* por Alfonso XII. En Sagunto transcurrieron los cinco primeros años de la vida del joven Francisco, junto a sus padres, don José Victorio Mora Picó, natural de Jijona —que ejercía en Sagunto el cargo de Juez de Instrucción—, y doña Amalia Berenguer Ronda, natural de



Callosa de Ensarriá. Trasladado el padre a Alcoy y más tarde a Zaragoza y Barcelona, con él partió la familia instalándose definitivamente en esta última ciudad, ascendido don José Victorio a Magistrado de la Audiencia Territorial. Terminados los estudios del bachillerato de Francisco en la ciudad condal surgió entonces el eterno problema de la elección de carrera para el muchacho, prevaleciendo, quizá por circunstancias providenciales, la orientación arquitectónica que tan fecunda debía resultar. Sus estudios con Puig y Cadafalch, Gaudí —por quien sintió una gran admiración—, Doménech y otros, dejaron una indeleble huella en su vida y en su obra.

En 1901, tras un corto espacio en Gandesa y Tortosa como arquitecto municipal, vino don Francisco a Valencia y, desde entonces, la ciudad del Turia le debe gran parte de su fisonomía actual como arquitecto jefe del ensanche. Fue uno de los creadores de la Exposición Regional Valenciana de 1910, de la que perdura el Pabellón Municipal, obra suya, en una de cuyas paredes colocó el Ayuntamiento, en 15 de octubre de 1951, una placa con su busto en relieve, rotulando aquella calle con su nombre. Entre sus principales obras arquitectónicas destacan la ampliación del Ayuntamiento de Valencia con su espléndido salón de actos y el hemiciclo para sesiones; el Mercado de Colón, el Banco Hispano-Americano, la iglesia de San José de la Montaña, la del Colegio de las MM. Teresianas, el Asilo-Hospital de San Juan de Dios, el Monumento a Sorolla, el Asilo de los Marqueses de San Joaquín (hoy Instituto "San Vicente Ferrer"), etcétera.

De los numerosos cargos que desempeñó, merecen ser destacados el de Decano del Colegio de Arquitectos de Valencia; Presidente, en dos ocasiones, del Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España; Presidente, por tres veces, del Círculo de Bellas Artes valenciano, y, desde 1949 hasta su fallecimiento, Presidente de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, de Valencia, y Correspondiente de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, de Madrid; Presidente de la Comisión Provincial de Monumentos del Patronato del Museo Provincial de Bellas Artes. Se hallaba, además, en posesión de la Gran Cruz de la Orden del Mérito Civil y de la Medalla del Mérito en el Trabajo.

Fue don Francisco un viajero que supo gustar, en todo momento, tanto las excelencias naturales como las de creación humana de las tierras que visitó. Sus viajes por España, Francia, Italia, Bélgica, Checoslovaquia, Alemania, etcétera, tuvieron como motivo el profesional unas veces, como los realizados a los Congresos de París y Praga; el de pura satisfacción espiritual, otras; o los numerosos a Barcelona o a Bayreuth a presenciar los festivales wagnerianos.

He hablado antes del especialísimo deseo de don Francisco Mora de que se le incorporase a la historia de Sagunto como un peldaño más. Pero creo que su intensa vida dedicada al trabajo, al arte, a la cultura, no necesitaba de nadie para ser incorporado con todos los honores a esa historia que él mismo iba avalorando con cada uno de sus actos, aun sin proponérselo. Sagunto, en cuyo pasado glorioso sueñan nombres ilustres en todos los campos, en las letras y en las artes, en las ciencias y en la religión, en la política y en la guerra, sabe que cuenta con un hijo más que con su vida y con sus hechos ha contribuido a la serie ininterrumpida de varones preclaros con que la ciudad se ha mostrado tan pródiga en todos los tiempos.

Desde las Alturas, estoy seguro, el excelentísimo señor don Francisco Mora Berenguer contemplará satisfecho que Sagunto y los saguntinos hemos acogido su nombre como él merecía, añadiendo a sus innumerables títulos y dignidades profesionales y humanas el blasón que tenía ganado por derecho propio. El de un pueblo que entre todos los títulos prefiere uno que está por encima del tiempo y del espacio: *Saguntino*.

Santiago Bru y Vidal